

CHILE, LA FAMILIA CHILENA Y LA IGLESIA CATÓLICA:

¿Un Malentendido?

Los educadores se quejan que sus alumnos no respetan la disciplina, que llegan a veces al colegio armados hasta con cuchillo, y que han llegado hasta agredir a sus profesores,

Los padres de familia lamentan que sus hijitas, hasta menores de 15 años, llegan embarazadas a la casa; que ya un poco mayores, niños y niñas pasan la noche del sábado en las discoteques, que se curan, que se drogan, que no están ni allí con su hogar.

Muchos se quejan de la delincuencia, de los robos, de los asaltos; de la inseguridad, del temor en que viven, no solo en la calle sino en sus mismas poblaciones.

Es frecuente ver llegar al colegio niños y niñas, bajoneados porque sus padres pelean todo el día, porque el papá se ha ido con otra mujer o porque la mamá ha traído a la casa un padrastro a quienes ellos rechazan.

Los niños se aburren en sus casas, todas sus distracciones tienen que ser afuera y requieren dinero y cuando sus padres no pueden darles lo que ellos necesitan y exigen, se molestan, se van de la casa, se consiguen el dinero por cualquier medio.

Hay padres que se quejan de que no pueden impedir que sus niños pasen varias horas, de día y de noche, pegados a la tele, viendo violencia, chabacanería, sexo y constatan con pena y con impotencia como sus hijos se van maleando en su propio hogar.

Podríamos alargar hasta el infinito esta lista de quejas.

Las personas mayores recuerdan con nostalgia que “antes no era así”. En la casa había respeto, se podía educar a los niños, hacerles distinguir el bien y el mal, ayudarlos a querer ser buenos –y no malos- y darles la fuerza de carácter, los hábitos de disciplina que les permitiera hacer el bien y no el mal. Al niño se le enseñaba a ser respetuoso y obediente con sus padres, a no mentir y a no robar, a hacer sus tareas, a no faltar a clases, a respetar sus maestros, a no pelear, y cuando mas grandes, a no curarse ni drogarse y a respetar a las compañeras y a todas las chiquillas que conocieran.

“Es que entonces, dicen ellos, existía la familia, el hogar. Había estabilidad, había orden, había confianza, había cariño, había alegría”. No todo era perfecto, bien lo sabemos. Pero se trataba de hacer las cosas lo mejor posible. Había paz, la vida era mas cálida. Uno se sentía rodeado de cariño, protegido.

Todos los sociólogos señalan que la familia se ha debilitado, incluso desintegrado. Se ha vuelto impotente. La mesa en la cual se comía ya no es como antes. Las tareas domésticas ya no son compartidas. Ya no se conversa. Ya no hay respeto.

La Iglesia Católica quiere contribuir a afirmar, a mejorar la familia. Pide una legislación pro-familia. Por cierto que el mundo cambia y la familia cambia y todos cambiamos. Pero cambiemos para mejor. Hay muchas familias que han cambiado o están cambiando para mejor. Que las leyes, que los reglamentos, que las medidas de gobierno vayan en ese sentido. Que hagamos todos, una gran campaña para bien de la familia, porque necesitamos de una familia bien constituida, como era antes, como ha sido o ha tratado de ser siempre y en todas partes.

Todos los lamentos y quejas anotados al inicio de este artículo tienen casi siempre una causa común. No la única pero sí la fundamental, la mas generalizada, la que afecta más gente: la familia que no funciona o que funciona mal. Lo que se invierte en mejorar la familia se ahorrará en aumentar las vidas de los carabineros, los detectives y los gendarmes, los sistemas de seguridad y los servicios hospitalarios en que se atienen las consecuencias de vidas desordenadas que van a la deriva.

Pueden ser necesarias medidas, incluso legales, para palear los males del sistema actual. Hay que ver modo de arreglar la situación de los que han fracasado en sus matrimonios. Hay que denunciar y castigar el maltrato infantil, el abuso de menores, el narcotráfico y mil otros abusos. Pero el esfuerzo central, principal, permanente, ineludible debe estar en mejorar la familia, afirmar la familia, rehacer la familia, facilitar su buen funcionamiento y eliminar o reducir los mil factores que hacen a veces tan difícil, pese a los deseos de una gran mayoría, lograr una familia que funcione bien, que prepare bien para la vida y que ayude a vivir con seguridad y con cariño.

La Iglesia Católica en Chile, que supo defender en otro tiempo los derechos humanos, quiere ahora en Chile ayudar a reconstituir la familia. Pide una gran política familiar. Y ofrece su experiencia de siglos, la fuerza positiva de su enseñanza, la adhesión que tiene a ella una gran parte de la población del país para contribuir a que la familia chilena mejore y a través de ella que mejore Chile.

+ Bernardino Piñera C.,
Arzobispo Emérito de La Serena